

Hierbas finas

“¡Te estoy regañando!” dijo -de manera clara y contundente- al terminar mi relato acerca de la experiencia que había vivido días antes...

La contingencia por la pandemia de covid-19 se ha llevado el ruido de las calles, los sonidos de la ciudad, los atropellos al cruzar las calles, las bicicletas en sentido contrario. Los gritos de “súbale, hay lugares” se echan de menos en el paradero de peseros afuera del banco que está en la esquina de la casa. Así también se ha llevado la seguridad de caminar en las calles con cierta tranquilidad. Me autoasigné el rol de persona encargada para salir a comprar la despensa y las cosas de primera necesidad, como los medicamentos para mi mamá. Estaba la posibilidad de que mi hija también saliera, sin embargo, ante la reciente situación que vivimos al enterarme que mantenía una relación a escondidas con un hombre que le suma más del doble a sus 21 años, al mismo tiempo que sostiene una relación con Luis de “amigos que quieren ver si se hacen novios” como ella lo describe, preferí agradecer al covid la oportunidad para tenerla en casa, y yo así, ganar un poco de tranquilidad al no estar pensando todo el día en su ubicación y en lo que realmente andaría haciendo.

Esa mañana llegaría el pedido de verduras y frutas que hice al mercado, pues desde que inició la contingencia y ante la situación económica que se está viviendo principalmente para los pequeños comerciantes, decidí solidarizarme con algunos locatarios del mercado de la colonia y pedir con ellos parte de los víveres para la semana. No tenía suficiente efectivo para pagar el pedido, por lo que necesitaba bajar al cajero del Banco que está enfrente del edificio, así que quise aprovechar para ir a comprar pan para el desayuno. Después de caminar por la larga cuadra desde la panadería, llegué a la esquina de la casa en donde está el cajero.

“¡No, espere!”, de la nada salió esa voz al tiempo que un brazo me detenía para entrar al cajero. “Es que olvidé mi tarjeta” -dijo el señor. Un hombre que tal vez se ubicaba en los sesentas y que no distinguía sus rasgos por el cubre bocas. Esperé. En ese momento se me hizo razonable el hecho. A los segundos siguientes, escucho “¡Permítame, olvidé mi tarjeta!”. Era la voz de una mujer del mismo rango de edad y a quien tampoco podría describir por su rostro parcialmente oculto con el cubre bocas. ¿Cómo, a usted también? -le pregunté-. Me respondió diciendo que venía con el señor que estaba adentro. Esperé tal vez un minuto y salieron ambos. Yo, simplemente no pensé nada, mi atención estaba en tener el dinero para pagar las verduras y las frutas que llegarían en poco tiempo.

Al salir ellos, entré al cajero. Revisé que no hubiera algo raro en la máquina, oprimí varias veces la tecla de “cancelar” e hice la operación. Al momento de hacerla, me doy cuenta de que ambas personas estaban afuera. Terminé el movimiento y salí. Acto seguido, la pareja de señores vuelven a entrar al cajero. Veo rápidamente a mi alrededor, no noto nada extraño y cruzo la calle. Estando del otro lado, veo que salen los señores del cajero. En mi cálculo del tiempo, tal vez estuvieron dentro no más de un minuto. Los veo cruzar la calle y tomar su camino. Enseguida, de igual forma que irrumpió el señor, mi mente comenzó a crear historias. ¡Me clonaron la tarjeta! fue lo primero que pensé.

Subí rápido al departamento. Abrí con desesperación la puerta, me urgía checar mi saldo. Pero antes, el ritual de limpieza por haber salido a la calle. Me cambié los zapatos, me lavé las manos, me quité el cubre bocas, limpié la bolsa en la que traje el pan, las llaves, el monedero. No sabía qué me angustiaba más, si asegurarme de limpiar

todo o checar el saldo. En ese momento, en segundos, había que tomar decisiones y priorizar ¡Qué vale más, la salud o el dinero!

Chequé mi saldo, todo en orden. No había recibido el correo habitual del banco avisando de la transacción. Marco por teléfono al Banco. “Debido a la contingencia por el covid-19 y para asegurar la salud de nuestro personal, estamos reducidos en la atención telefónica, le sugerimos hacer uso de la banca móvil”. Después, escuchar todas las opciones. Escucho “servicio de blindaje de cuentas”. Eso me suena a que se puede prohibir el acceso a las mismas. Finalmente me responden. Pregunto en qué consiste ese servicio. Se trata de un seguro. Lo compro. Pregunto por qué no he recibido el aviso de la transacción que acabo de hacer, me responden que han hecho una actualización del sistema y que tal vez sea por eso.

Esta acción me genera un poco de tranquilidad. Por lo menos si intentan hacer algo, el Banco me responderá. Mientras preparamos el desayuno mi hija y yo, le cuento lo que acaba de ocurrir y la razón de lo que acaba de escuchar en mi llamada al Banco. Hablamos sobre los efectos colaterales de la contingencia, del impacto económico que está teniendo y por consiguiente los riesgos que esto conlleva. Le recomiendo no ir a ese cajero, tener cuidado cuando vaya a algún otro, no traer tarjeta, no traer tanto efectivo, en fin, todo lo que se me ocurrió en ese momento y que, a su vez, nos recomienda el jefe de seguridad de la oficina.

Termina el desayuno. Llega el pedido del mercado. Hago siguiente ritual. Limpiar bolsas, separar las cosas para lo que le llevaré a mi mamá, lo que compartiré con mi hermano pues le han reducido el sueldo a cambio de mantener su trabajo durante esta crisis. Me preparo para salir hacia el súper y comprar lo que falta para luego, llevárselo a mi mamá. Llego al súper. Veo la fila que sale del local y llega hasta la esquina. Todas las personas con cubre bocas, algunas con guantes. Todas respetando la sana distancia. Por primera vez me impacta la escena, pues cada ocho días he ido a ese mismo súper pero no se había implementado esta medida. Me formo. En la fila, repaso lo que sucedió en el cajero y lo único que pienso en ese momento es que personas de esa edad no podrían actuar mal y que tal vez en verdad habían extraviado su tarjeta. Pienso en que, de ser así, ojalá la hayan encontrado y no sean ellos los que se hayan quedado sin dinero para comprar sus víveres.

Entro al súper. Me percibo un poco tensa. “Ante la contingencia por el covid-19, en Bodega Aurrerá nos ocupamos de tu salud. Hemos marcado los señalamientos para respetar la sana distancia. Les recordamos que solo se permite la entrada a una persona por familia y es obligatorio el uso de cubre bocas”, el mensaje repitiéndose a cada rato. Sin embargo, puedo observar que hay varias familias que aplicaron el truco de entrar separados y encontrarse adentro. Me enoja esa situación. Pienso en la falta de compromiso de algunas personas mientras otras respetamos las indicaciones. Me acerco a un supervisor y le sugiero que en verdad pregunten a la entrada si no vienen acompañados.

Salgo del súper y llego al coche para dividir las compras en las respectivas bolsas que dejaré en casa de mi mamá y para mi hermano. “¿Le ayudo doña?” -me pregunta el guardia del estacionamiento. No, gracias -le respondo. “¿Es usted personal médico?” me preguntó, supongo que por el uso de guantes que tenía (que mi hija me pidió usar porque, supuestamente, durante esa semana habría más posibilidad de contagio). No, no soy personal médico -le respondo mientras sigo guardando las cosas, pero he de decir que si

tuve una sensación de miedo. “Le pregunto porque ya ve que, con esto de que han agredido al personal médico, pues hay gente que mejor lo niega y no acepta ayuda. Se entiende, pensarán que todos los queremos agredir. Pero, en realidad no, señito. Lo que pasa es que, todo esto que está pasando es porque el gobierno está matando gente. Los policías lo saben. Cuando entra la patrulla aquí al estacionamiento, se ríen cuando ven a gente que hasta limpia el coche antes de subirse. Otros, sacan el aerosol y desinfectan todo el coche. ¿Sabe por qué se ríen? Porque ellos mismos saben lo que en realidad está pasando, pero, pues, no pueden decir nada. Yo soy de Ecatepé y mi mamá está en el hospital. No me extrañaría que me digan que ya se murió. Que disque se contagió del virus éste. Pero no. Sé que les están poniendo una inyección y se mueren. Por eso no están dejando hacer autopsias”.

Yo lo que quería era que el señor dejara de hablar. Me estresaba cada vez más escuchar su relato. Finalmente, termino de empacar. Le doy las gracias por haberme ayudado a meter el garrafón del agua a la cajueta y le doy una propina. Me subo al coche. El señor quiere seguir hablando hasta que le digo: “Discúlpeme, ya me tengo que ir. Lamento lo de su mamá, ojalá se recupere. Por si las dudas, cuídese”.

Después de entregar los víveres a mi mamá y recoger la comida que ella nos ha estado preparando cada ocho días, que hace para ayudarme pues no quiere que me abrume tanto con el trabajo de la oficina en casa, tomo el camino de regreso.

Mi mamá... Esta contingencia no es la excepción para seguirme dando ejemplos de vida. A sus setenta y cuatro años vive sola, lidiando con la artritis reumatoide y demás achaques que quedaron después de la cirugía de columna; esta pandemia no le asusta, la enfrenta con seguridad y fe, mucha fe. Se encuentra bien plantada, con calma, con sabiduría, encarando la situación. “No me da miedo; hay que cuidarnos. Me da tristeza ver la calle así, el mercado cerrado. Nunca me imaginé vivir algo así. Pero vamos a salir, por eso le pido a Dios que nos proteja a todos”. Como buena costurera, hizo dos cubre bocas preciosos de tela, para que me los ponga cuando salgo cada ocho días. Mi madre... Quién me diría que, en medio de esta crisis, he podido sanar mi relación con ella y que hoy la veo con respeto, con admiración. Que la reconozco como madre, que he hecho las paces con ella en mi interior y que gracias a la terapia que llevo desde hace un año, la trato como adulta y la he dejado de subestimar. Sin este trabajo terapéutico, en medio de toda esta crisis tal vez yo me habría mudado a su casa, habría contratado internet para poder trabajar ahí. Le habría pedido a mi hija que se fuera a casa de su papá, (porque de ninguna manera me hubiera sentido tranquila sabiendo que se quedaba sola en la casa, después de la historia que se develó hace unas semanas y que la puso en riesgo...) Sin embargo, no me siento ya angustiada por mi mamá. La apoyo, le ayudo, pero siempre desde mi lugar de hija y respetando su espacio, su individualidad.

Después de esta danza de emociones vivida durante el día, regreso a la casa. Tercer ritual del día: cambio de zapatos, limpieza de víveres. Me cambio de ropa para, de alguna manera, sacarme también las energías negativas del ambiente y poder sentarme a comer y disfrutar la comida que nos preparó mi mamá. Termino el día con un baño para poder descansar. Sin embargo, al día siguiente amanecí cansada, contracturada y, sobre todo, con una tristeza que no entendía de dónde podría venir. Me sentía insegura, como si hubiera perdido la calma que había mantenido desde que inicio la contingencia y el trabajo en casa. No podía identificar porqué razón estaba teniendo ese cambio de emociones tan abrupto. Sabía que el día anterior había sido muy estresante pero no entendí por qué, a tal grado era el impacto que mantenía. Pensé que, faltaba poco para

hablarlo con mi terapeuta y que ella sin duda, me ayudaría a identificar el origen de ese estado.

Llegó el día de la terapia. Sesión virtual, por supuesto. Siguiendo ritual: cambiarme los zapatos, bajar y salir a la calle para tener un espacio “privado” para hacer la llamada y poder hablar. Después de describirle a Irma lo que había pasado ese día desde la experiencia en el cajero hasta el regreso de casa de mi mamá, lo que escucho es, un regaño. Sí, posterior a haberme dicho que me había expuesto al entrar al cajero después de la aparición de los señores; que el guardia del estacionamiento se había acercado justo conmigo porque yo me mostraba vulnerable, por la inseguridad que traía. Después de haberme sugerido que puedo pedir el súper por una app y pagar con tarjeta de crédito, de haberme sugerido que le mande la despensa por medio de otra app a mi mamá para que yo no tenga que ir y que le puedo poner un timbre para que así le avisen cuando llegue el servicio a domicilio. Después de haberme dicho que sigo pensando en los demás menos en mí, y que por eso le estoy ayudando a mi hermano con despensa...me dijo: “Sí, María, te estoy regañando. No puedo creer que estés igual que cuando llegaste a la terapia”.

Escuchar su “regaño” y sus “recomendaciones”, sabiendo que, por ejemplo, mi mamá – y yo también- vive en una colonia popular, en un edificio que no tiene timbres, en donde ella vive en un primer piso al fondo, que no tiene manera de “asomarse por la ventana” como ella sugirió, para que cheque cuando le llegue “*Rapp*” y que no hay manera de hacer esto no solo por la cuestión de infraestructura y logística, sino porque ella vive sola y hacerlo así sería exponerla a un tema de seguridad... Que no tengo apoyo económico ni emocional por parte de mi hermano para el cuidado de mi mamá y mucho menos para mis temas personales o con mi hija; que soy el sostén económico no solo mío sino también de mi mamá; fue que me sentí peor. Pude decirle lo mal que me hacía sentir su comentario y que no tenía por qué usar esa forma para hablarme. Me solté a llorar y ya no pude seguir con la sesión.

Al día siguiente, le escribí una carta a Irma en donde pude expresar libremente mi sentir por la forma de manejar la situación, por la forma de hablarme, por la poca empatía que mostró o que, por lo menos, yo viví. Donde pude también decirle el por qué hay mujeres que buscan terapeutas que trabajen con enfoque de género, para que logren contextualizar la situación con todas estas variables desde hacer una sesión terapéutica con una pantalla de por medio, hasta el hecho de entretener los diferentes temas que, además ella conoce. Me desahogué plácidamente, al poder decirle todo esto y más. Me atreví a confrontar a una terapeuta, de esta manera, libre y sin temor a mis propias palabras.

Después de este ejercicio catártico, pude acomodar las cosas habladas durante la sesión y rescatar lo valioso que sin duda hubo. Una de las cosas y, de hecho, la más importante para mí, fue el reconocer que, en efecto, llevo muchos años viendo primero por los demás. Desde los diecisiete años comencé a trabajar para ayudar a mi mamá con la casa y para poder estudiar; aprendí a ser una excelente proveedora económica, apoyo moral para mi madre y para toda persona que lo necesitara. Aprendí a manejar y administrar una casa, a ahorrar, a mejorar las condiciones de vida. Y en esa prisa por satisfacer las necesidades básicas, tal vez me olvidaba de pensar también en mí. Así que decidí tomar dos días “de vacaciones” del teletrabajo y usarlos para mí. Para atenderme yo, para consentirme a mí. Para hacer lo que quería hacer y no lo que tenía que hacer, por lo menos por cuatro días.

Entre las cosas que hice esos días y que disfruté mucho fue el confirmar que, las hierbas finas -con las que he aprendido que, si podemos ser buenas amigas la cocina y yo-, han sido mis grandes aliadas durante esta contingencia, como le digo a mi hija entre bromas cuando estamos preparando la comida. Cada vez que las tomo y las esparzo lo mismo sobre verduras, que, sobre pescado, pollo, sopa o lo que sea, ¡Yo a todo le estoy poniendo hierbas finas!; creo que en realidad estoy esparciendo un poco de calma y confianza en mí misma para no dejar que se me salga alguno de los hilos que ahorita estoy sosteniendo al mismo tiempo. Mantenido los pies firmes en la realidad que yo vivo en medio de esta experiencia, pues no me canso de agradecer los privilegios que tengo. Puedo trabajar en casa y mantener mi sueldo, pagar servicios y deudas, apoyar a mi gente -aunque a ojos de la terapeuta sea porque no pienso en mi primero- solidarizarme con otras personas, aprovechar el tiempo para conversar con mi hija y acércame más a ella, conocerla un poco más, dejar que ella me conozca un poco más y así tratar de entender por qué se siente atraída por hombres mucho mayores a ella y que se exponga en relaciones en donde abusen de alguna forma de su tiempo, su confianza y su dinero; seguir sanando la relación con mi madre, aceptar la forma en que nos vemos mi hermano y yo y, en efecto, no esperar absolutamente nada a cambio por lo que yo pueda y quiera hacer por él, pues me duele que no tengamos las mismas oportunidades y si puedo apoyar a otras personas en estos momentos, ¿Por qué a él no?...

Mi pequeño sistema familiar me da clara cuenta de que la manera en que se está enfrentando la pandemia no es igual para cada persona. Es una batalla personal. Desde un espacio de privilegios, para algunas personas; desde la brecha de la carencia y las limitaciones que se ha profundizado, para otras; desde el entusiasmo y la fortaleza, para alguien más. Por lo que mi historia es solo un ejemplo de miles que hay hoy, cada día en nuestra ciudad, en nuestro país, en el mundo. Seguramente, se escuchan historias en el *Metro*, en el pesero, en la parada del camión, entre las y los empleados del supermercado, entre el personal en las oficinas que si están yendo a trabajar. Entre las vecinas, entre los hombres que platican en una esquina recargados en sus taxis vacíos....

Me siento mayormente privilegiada de poder estar escribiendo esto y tener los medios para compartirlo con otras mujeres; por saber de la existencia de DEMAC y de aprovechar la generosidad de su espacio para sentir que tiene sentido todo esto. También me siento hoy, particularmente satisfecha de haber podido hablar con mi terapeuta y reiterarle cómo viví su trato y la sesión pasada y escuchar de ella el reconocimiento de algunas cosas, claro, siempre desde su rol de psicoanalista. Me siento satisfecha de haber podido confrontar a una terapeuta por primera vez en muchos años y después de varias experiencias terapéuticas. Me siento orgullosa de mí, por haber podido decirle que, en estos momentos, se requiere de mucha empatía con sus pacientes y, particularmente con mujeres como yo, que vivimos en un contexto socioeconómico diferente al promedio de sus pacientes.

Ojalá que en la “nueva normalidad” prevalezca la empatía, la comprensión y la escucha, sobre cualquier interés profesional o comercial...

María V. Nieto

En tiempos del #pinchecovid